

LA CONDENA DEL ESPEJO

Me despierto, me lavo la cara y veo que me ha salido un grano gigante en la mejilla. Lo cubro con maquillaje pero eso no ayuda, solo hace que parezca mucho más grande. Me peino y me visto. Estos pantalones nuevos me aprietan. Miro el reloj, las siete y media, llego tarde pero me da igual, me tengo que quitar estos pantalones. Los cambio por mis vaqueros viejos que aunque no son los más bonitos, sin duda son los más cómodos que tengo. Ahora sí, es hora de irse a trabajar, otro día más sólo queda esperar a que ella vuelva.

Me siento y espero. Pasa media hora. Aquí no hay nada que hacer. Me tumbo y doy mil vueltas, tampoco puedo dormir a pesar de que la noche anterior estuve despierta terminando el informe que el jefe me había pedido expresamente para hoy. Sé que no puedo salir, pero aun así lo intento una vez más como cada día desde que estoy aquí. Ya han pasado 25 años, hoy hace justo 25 años que llegué aquí pero ella ni siquiera se acuerda de mí. De lo único que se preocupa es de mirarse en el espejo.

Miro el reloj una vez más, las doce en punto. Aún queda mucho para que ella llegue así que lo único que puedo hacer es esperar. Esperando me pongo a pensar y recuerdo cómo acabé aquí:

“No puede ser, Elisa ha roto el regalo que le he hecho a mamá por el día de la madre. Me costó mucho trabajo y le dije que tuviera muchísimo cuidado, pero como siempre lo habrá roto jugando con esa pelota tan fea que le trajeron los Reyes Magos por Navidad.

Voy a la habitación y está allí, jugando con la pelota. Mamá y papá nos habían reñido muchas veces porque era muy importante que no rompiéramos nada, en especial el

espejo ese tan raro que había encima de la cómoda. Es un espejo muy grande pero no refleja nada, solo se ve un vacío en su interior.

Discuto con Elisa como de costumbre, pero esta vez es diferente, me enfado mucho con ella y le lanzo su maldita pelota. ¡No! Elisa esquiva la pelota y golpea el espejo rompiéndolo en mil pedazos”

Esto es lo último que recuerdo. Después de ello me encontré atrapada aquí, en este vacío, condenada a ver como ella vive la vida que sin querer me quitó. Día tras día, semana tras semana, sin poder salir ni tomar ninguna decisión sobre mi vida. Viéndolo todo, pero sin que nadie se fije en mí. Tan solo como una marioneta viviendo una vida que no le corresponde, una vida de otra persona, su vida.

Miro el reloj que cuelga de la pared, marca las tres en punto. Ella estará a punto de volver de trabajar y otra vez tendré que seguir la misma rutina de siempre. Me cambiaré y me pondré algo cómodo, me quejaré del imbécil de mi jefe en voz alta aunque nadie me vaya a escuchar. Me comeré un trozo de pizza que habré comprado en el bar de abajo, convenciéndome una vez más de que mañana empiezo la dieta sí o sí, aunque sepa que eso nunca pasará. Me lavaré los dientes y por último me echaré en el sofá viendo alguna telenovela que ponen siempre después de comer, pero a pesar de ello me acabaré durmiendo. Y otra vez tendré que esperar a que se despierte para poder continuar viviendo...

Ella ya ha llegado. Elisa ya está aquí. Se cambia y se queja de su jefe. Se come la pizza que acaba de comprarse en el bar, asegurando que mañana empezará la dieta. Se lava los dientes pero justo antes de echarse en el sofá se me queda mirando un buen rato. Como ya he dicho, le encanta mirarse en el espejo.